

LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO

AÑO VII

BARCELONA, 11 DE JUNIO DE 1896

NÚM. 290

15 CÉNTIMOS

SARA BERNHARDT



EN APRIETO

Figúrense ustedes que ha llegado el momento histórico en que tengo que entregar el acostumbrado artículo para LA SAETA.

Y figúrense ustedes que hace más de una hora que estoy pluma en ristre y con las ebúrneas cuartillas delante sin que se me ocurra idea alguna, buena ni mala, para cumplir mi compromiso.

La Loca de la Casa, no el drama de Pérez Galdós, sino mi humilde imaginación, no obstante su humildad, se ha declarado en huelga, dice que no trabaja y se sale con la suya.

¡Cómo que ni se deja convencer por razones, ni es posible vencerla por la fuerza material!

En vano estoy diciéndola hace un rato, con insinuante y cariñoso acento:

—Mira, hija mía, que me estás poniendo en un grave aprieto; mira que, sobre hacerme pasar plaza de informal, vas a ser causa de que pierda unas cuantas pesetas, lo cual es lamentable siempre y mucho más ahora que los tahoneros han subido el pan... porque sino hubiese llovido se habrían perdido las cosechas y hubiera aumentado el precio del trigo... Ea, no seas arisca ni desdeñosa... Dime algo... de cualquier cosa: yo lo escribiré... y *tutti contenti*... Vamos a ver ¿qué opinas de la Exposición de Bellas Artes, industrias artísticas, flores cortadas y ramos sin cortar, etc., etc?... Un poco de buena voluntad y salgo de apuros...

¡Qué si quieres arroz, Catalina!

La muy loca se encierra en el más absoluto mutismo.

Ni siquiera me dice que la Exposición en cuestión da gran satisfacción a más de un millón que no entiende una palabra de arte (y acaso le vale más no entenderla), pero tiene ocasión de lucir su garbo y asombrar al mundo con su cuello de veinte centímetros y su corbata anudada con arreglo a la última moda... de cuando Fernando VII gastaba paletó.

Ni aun se digna decirme que hubo líos para la admisión de objetos, líos para la constitución del jurado, líos para...

¡También se me ha ido la memoria!

En fin, puede que a la loca inquilina de mi cerebro no la dé el naipe por los asuntos artísticos del género pictórico, escultórico, floricultórico y otros varios acabados en órico ó en cualesquiera otras sílabas.

Cambiamos de tema.

—¡Oh, imaginación mía! ¡Tú, que aun siendo pobre, me has sacado de mil apuros y me has proporcionado a diario algo más que los

garbanzos, lo cual constituye, en España, un verdadero colmo para el que como yo, sólo vive del sudor de su pluma, no obstante, ser implume! ¡Tú, que siempre te has mostrado bondadosa conmigo hasta donde te lo permitían tus facultades, sal de tu tienda ó de tu botiga, como diría un *renaixenso*, cual nuevo Aquiles, y no mates a Héctor ni a nadie, pues, aunque pobre, eres una imaginación de bien; pero dame una idea ó dos ó las que hagan falta para llenar media docena de cuartillas!... ¿Quieres que hablemos de teatros? ¿Eres de las que opinan que respecto a este punto estamos muy mal, que ya no hay autores, ni actores, ni músicos, ni siquiera bambalinas, lo cual no las impide luego inventar bombo sobre bombo y hablar del eminente escritor don Fulano, el notable actor don Mengano, la excelsa tiple Perenganita, etc., etc.? ¿Eres de las imaginaciones sensatas que creen que cuando mueren los autores y los actores que hoy existen, los echaremos de menos, como de menos echamos a los que fallecieron y seguiremos diciendo que el teatro está perdido, que los nuevos, los que entonces aparezcan, no sirven para descalzar a los antiguos, que los de hoy convertidos en los de ayer, lo que valían, en una palabra, repitiendo todas las vaciedades que ahora se dicen, que se han dicho antes, y que probablemente se dirán por los siglos de los siglos?... Mira: ahí tienes un bonito tema para un artículo y dirás que no soy exigente: elige, de los dos que he expuesto, el criterio que quieras... Cualquiera de ellos bastará para llenar la consabida media docena de cuartillas...

Y en efecto, la pícara imaginación continúa muda como una estatua de piedra; no se digna proporcionarme ni el rudimento de una idea, si así puede decirse; y claro es que se puede decir cuando yo lo digo, aunque bien meditado ó sin meditarlo, resulte un disparate.

¡Y el caso es que no me conviene reñir con ella, pues sobre lo útil que me es, a pesar de su pobreza y de sus extravagancias, si nos separásemos habría de recurrir a la de otro u otros, lo que sería mucho peor!

Déjola, pues, salirse con la suya y renunció a mi empeño.

Con que ya lo saben ustedes. Me veo en el caso de decir, parodiando al célebre Casiano, ex empresario de la plaza de toros de Madrid.

—De orden de la imaginación, *oy no ay artículo*.

—Otro día será!

BLAS QUITO.



LA GUITARRA

RECUERDOS DE LAS INUNDACIONES DE MURCIA.

Entre las ondas revueltas
de las cenagosas aguas
por el Retagon abajo
va flotando una guitarra.

Tal vez del ajuar completo
solamente ella se salva
con sus cuerdas, sus clavijas
y su lazo verde y grana.

Barquichuelo improvisado
ella avanza, y tanto avanza,
que parece que va huyendo
de la afligida comarca.

Si es tan sólo compañera
de los que dichosos cantan,
bien hace en salir del valle
que va á ser valle de lágrimas.

¡Cuántos pensamientos tristes
ha despertado en mi alma,
con sus silenciosas cuerdas
esa habladora guitarra!

¡Habré acaso conocido
á la moza enamorada,
que tejió en prenda de amores
aquel lazo verde y grana!

¡Quizás, al son de esas cuerdas
que van huyendo calladas,
vi bailar con aire alegre
á hortelanos y hortelanas!

¡Tal vez llegó á mis oídos
el eco de sus parrandas,
en el monte donde anida
la Virgen de la Fuensanta!

¡Ay! ¡guitarra fugitiva!
¿Dónde está aquella barraca
y el muro aquel, y aquel clavo
en donde tú descansabas?

¿Qué ha sido de las parejas
de hortelanos y hortelanas

que con tus sonos alegres
llenos de vida bailaban?

¿No sabes cuál fué la suerte
de aquella noble muchacha
que te puso el lazo, emblema
del amor y la esperanza?

¿Ignoras tú si la muerte
dejó por siempre crispadas
las manos que en ti tocaron
la postrera serenata?

Si te has encontrado sola,
si de nadie sabes nada,
si han perecido las gentes
cuya existencia alegrabas.

Sigue tu curso ligero;
sal pronto de la comarca
que ha de ser por muchos años
un triste valle de lágrimas.

La guitarra ya no huye
la ha detenido una rama
de un árbol que lucha firme
con la inundación que pasa.

Allí ha quedado prendida
por el lazo verde y grana.
¡Bendito árbol que retiene
en el valle la guitarra!

A los sonos de sus cuerdas
se cantarán las hazañas
de los heroes cuyos nombres
son gloria de la comarca.

Y se enlazará á sus ecos
la caridad tierna y santa
del mundo, que contemplando
la catástrofe murciana,
cavó sepultura al muerto,
reconstruyó la barraca,
amparó al huérfano pobre
y dió cauces á sus aguas.

JUAN JOSÉ HERRANZ.

OTRO VIAJE

Apenas hay diferencia entre aquél de marras
y éste.

Los viajes de venida á Barcelona, han tenido
siempre buena sombra para mí; pero ninguno
tanto como el que acabo de realizar.

Llego de Valencia y mi primer cuidado al
llegar, es saludar á Barcelona con la mayor
cortesía y el más acendrado afecto.

Cumplido este deber, más inspirado por el
corazón que por la urbanidad, doy comienzo
al relato de mi viaje:

Satí de Valencia en el *expreso* á las 11 y 55
del día 26 del pasado.

Era miércoles y sin embargo... llovía.

Los andenes de la estación de Valencia esta-

ban llenos de políticos que despedían al señor
Hinojosa, y de admiradores de María Guerrero,
que le decían «adiós» hechidos de sentimien-
to; de ese sentimiento que invade el alma ar-
tística, al ver alejarse el talento que tales y tan-
tos prodigios realiza sobre la escena patria.

Mas de un político, dejaba, sin darse cuenta
de ello, la portezuela del coche de la notable
autoridad civil, para rendir culto al arte por
medio de un sombrero ó un adiós mímica-
mente representado por el movimiento de una
mano que se agitaba de un modo convulsivo.

Sonó el pitido de la locomotora, estalló un
aplauzo á la egregia artista y el tren se puso
en marcha.

SARA BERNHARDT



en La Dama de las Camelias.

SARA BERNHARDT



en La Dama de las Camelias.

Al llegar á la célebre plaza de toros, cambié el hongo por el gorrito de viaje.

Antes del paso á nivel del camino del Grao, ya había yo dádome cuenta del número, calidad y condiciones de las personas que iban en el compartimiento de mi coche.

Helas aquí:

Un matrimonio joven; de 30 á 36 años por barba.

Una señora mayor, madre de la señora casada y suegra por consiguiente, del cónyuge masculino.

Una niña de unos siete años, rubia como unas candelas y hermosa como ramo de flores valencianas, y un niño de cuatro ó cinco años completamente parecido á su hermanita.

Una especie de ama de llaves, frescachona aún y lozana, modesta, pero aseadamente vestida, no quitaba los ojos de un bulto colocado con amor en la alambra.

Al deslizarse el tren por la paralela al Cabañal, ya habíamos entablado conversación y yo había besado diferentes veces á los niños.

Por la peana se adora al santo.

Aquellos ósculos me conquistaron las simpatías del matrimonio joven.

—Me parece que vamos á hacer un excelente viaje. Tiene usted cara de buen compañero, —dijo el marido.

—Gracias, contesté.

—¿Usted fuma?

—Sí, señor, pero delante de señoras...

—Esta está acostumbrada. Tome usted y fume.

Y me dió el caballero un cigarrillo negro de Sucini.

«¡Albuixech» DOS MENUTOS!—exclamó la voz ronca de un mozo de andén.

—¿Qué nombres tan raros tienen ustedes por aquí!

—¿Es usted valenciano?

—Sí, señor,—contesté al marido.

—Ya se le conoce á usted...

—¿En el acento?

—No, por el acento parece usted madrileño; en el color cetrino y en la pena que noto en sus ojos, debida sin duda, al pesar de alejarse de su tierra.

—Así es.

—Mamá que hambre tengo,—dijo la niña bonita.

La madre se esforzaba en hacer callar á la niña pequeña.

El niño entonces dijo que también tenía hambre y á coro los dos hermanos pedían lastre para el estómago.

Yo bostezaba á pesar mío, porque graves ocupaciones, muy graves, me habían obligado á meterme en el tren sin almorzar.

—¿Usted no ha almorzado, verdad?—Preguntó el marido con verdadero interés.

—No, señor, no. Yo entro siempre en ayunas en el tren, porque si ocurre algún accidente es bueno que lo halle á uno con el estómago vacío...

—Al contrario,—prorrumpió la señora. Con el estómago lleno las penas parecen menores. Vamos á almorzar.

—Es que yo no tengo costumbre de tomar nada en el coche... Bajo en los *restaurants* del camino...

—Ya tendrá usted tiempo de bajar; si esto no es más que un tente en pie.

Como el que desea algo, fácilmente se deja convencer, fingí que cedía al deseo de la señora y nos pusimos á almorzar.

El ama de llaves había bajado el bulto de la alambra.

Con hacer el menú, mejor dicho, con recordarlo formarán ustedes idea de como se almorzó.

Ternera asada, cuidadosamente partida en hojas estrechas.

Perdiz trufada.

Langostinos.

Lengua á la escarlata.

Dos pollos asados.

Quesos de Gruyere y Roquefort.

Fresa.

Vinos de Jerez y Burdeos (Calvet).

Redoblando mis atenciones y alabanzas á los niños, conquisté por completo el afecto de los padres.

Comí de todo; me puse como un sapo, así se dice vulgarmente.

Terminado el almuerzo, el padre metió mano á una cantimplora de rico cognac y después sacó una caja de ricos habanos.

El almuerzo duró hasta Almenara; el tabaco hasta Burriana.

Me dormí en... Villarreal y desperté... en Barcelona.

El ama de llaves me hizo volver á la vida, yo venía dormido como un tronco y... esto sí que es gordo... Me había dormido sobre su regazo.

La pobre mujer para no despertarme no se atrevió á cambiar de postura. Confiesa que se abrazó á mí y que se durmió también. Los niños nos imitaron. Sólo el matrimonio estuvo en vela. ¿Abusarían de nuestro sueño?

Vaya usted á adivinarlo. Después de todo para algo eran marido y mujer.

Cuando me despertaron en la estación de Francia dije como los personajes de novela: «¿Dónde estoy?

—En Barcelona.

—¡Ole!—exclamé; viva esta tierra!

RAFAEL M.^a LIERN.

LA CONFESIÓN

... donde no hay sentimiento
está muy pronta la lengua.

MORETO.

Diálogo inútil, querellas vanas
de dos amantes, que en lid de agravios
frases galanas
dan á los labios,
y que al olvido darán mañana;
súplica ardiente,
contrita queja
de amante penitente
junto á una reja.

—Abre un momento la celosía,
donde otras veces, soñando amores,
yo te veía,
flor de las flores;
idolo casto del alma mía,
oye el acento
de mis pesares,
no hagas que juegue el viento
con mis cantares.

—Vuelve á las rejas donde has pasado
las tristes noches que ahogando quejas,
yo he aguardado
sola en mis rejas;
galán de todas enamorado,
juegue ó no el viento
con tus canciones,
ya no mueve tu acento
los corazones.

—Vuelvo á tus plantas arrepentido.
Tú eres mi encanto, tú eres mi vida.
Borre el olvido,
prenda querida,
las veleidades que te han herido;

de mis acciones,
rosa galana,
te pido absoluciones
en tu ventana.

—Galán que fácil de amores muda,
aunque en demanda de penitencias
contrito acuda,
no halla creencias
donde raíces echó la duda;
cambia de acentos,
porque hay acciones
que no borran lamentos
ni contriciones.

—No quieras alma, de mi alma ardiente,
rayo del alba, lirio aromado,
que impenitente
viva en pecado
quien de sus culpas hoy se arrepiente;
porque viniera
de opuesta orilla,
nunca huyó la ribera
de la barquilla.

Y al cabo, cuentan que abrió la dama
la reja al ruego del falso amante,
y en ella, es fama,
que el inconstante,
la deja á veces, y en otras llama;
porque así aprenda
que en ley de amores
la confesión no enmienda
los pecadores.

JUAN A. VIEDMA.



Á UN LADINO, OTRO MAYOR

Anocheía.

El señor Anselmo, salchichero ventripotente
de la calle de los Castaños, disponíase á cerrar
su tienda vivamente iluminada por dos lámpa-
ras de arco voltaico, después de haber media-
do entre él y su dependiente principal el si-
guiente diálogo:

—Te había encargado, Gaspar, que prepara-
ses, con los restos del cocido que no nos gustó
ayer, un picadillo destinado á los pasteles de
liebre de mañana; ¿está ya?

—Sí, mi amo.

—Y el cerdo averiado, ¿lo empleaste en me-
char la lonjas de ternera?

—Sí, mi amo.

—¿Y la margarina?

—La he incorporado tan artísticamente con
una porcioncilla de manteca de verdad, que ni
el mismísimo laboratorio municipal lo echaría
de ver.

—Muy bien, muchacho. Esto se llama un día
bien empleado. Vamos á correr la puerta metá-
lica, y luego, á dormir.

En este momento entró en la tienda uno de
esos chicos piamonteses que tanto abundaban
antaño en Madrid. De diez años escasos; cha-
quetilla y calzón de pana deslucidos por el uso,
piernas delgadas y semicubiertas por altas po-
lainas; en la cabeza un sombrero puntiagudo,
del que surgían abundosos y negros rizos; ojos
de Fra-Diávolo; y bajo el brazo, el inevitable
violín con que esos artistas singulares ejecutan
sus habilidades musicales.

Pidió treinta céntimos de queso de Italia y
un «suizo» de veinte céntimos.

El majestuoso tendero pesó la mercancía
dando á uno de los platillos de la balanza un
golpecito traidor, y luego eligió uno de los me-
nores «suizos». Envolvió entrambos productos
en papel amarillento, y antes de entregarlos al

SARA BERNHARDT



en La Dama de las Camelias.

SARA BERNHARDT



en La Dama de las Camelias.

muchacho, alargó la mano para recibir los cincuenta céntimos.

El joven artista rebuscó en el bolsillo diestro de su calzón, pero inútilmente. Acudió al izquierdo, con idéntico resultado. Y entonces, colocando el violín entre sus piernas, urgó febrilmente, con ambas manos á la vez, los bolsillos de la chaqueta.

—¡Hola! ¡hola! ¡bribonzuelo! ¿te figuras que mi brazo es una muestra?—exclamó impaciente el señor Anselmo.

En vez de contestarle, el piemontés estalló en sollozos como nunca oyera iguales el salchichero, parecían (según declaró más adelante), los aullidos de un perro ladrando á la luna.

—¡Cállate, animal!—gritó ante esta explosión inesperada. ¡Cállate! ¿ó dime qué significa eso?

—Eso significa... ¡jí! ¡jí! ¡jí!... mi buen señor... ¡jé! ¡jé!...—dijo el rapaz entre dos hipos convulsivos... que he perdido la moneda de cinco perras... ¡hú! ¡hú! ¡hú! ¡hú!... la moneda de cinco perras que mi abuelo me había dado para comprar nuestra cena.

—¡Ea! ¡vete al diablo majadero! Sin los cincuenta céntimos no hay «suizo» ni queso de Italia. ¡Ea! ¡lárgate de ahí! ¡y á prisita!

El desconsolado muchacho no hizo el menor caso de las palabras del señor Anselmo; pero al ver que éste se dirigía hacia él con aire amenazador, colocó en el suelo su violín, y arrodillándose ante el obeso salchichero, se abrazó á sus piernas, y gimoteando:

—¡Por caridad, señor, por caridad! no me despida usted con las manos vacías, si no quiere usted que mi abuelo me mate á golpes.

—¿Y á mí qué?

—Deme usted lo que le he pedido, y mañana le traeré el dinero.

—¿Tan bobo me creés? ¡á mí nadie me la pega!

—Pues bien, para probar á usted que no trato de engañarle, ahí queda mi violín.

Dirigió el tendero una mirada oblicua al instrumento, reflexionando á la vez, estos tres extremos: 1.º, que la situación, si se prolongaba, se hacía soberanamente ridícula; 2.º, que era ya hora de estar roncando en cama, y 3.º que en caso de que el muchacho no volviese, su violín valdría siempre más de cincuenta céntimos, y expresando en seguida el resultado de estas reflexiones con su habitual lealtad:

—¡Vaya!—exclamó; ¡me has tocado el corazón! Llévate tu cena. ¡Hay que ser compasivo con los desgraciados!...

No pedía más el joven músico. Dió un salto de alegría y se alejó corriendo. El señor Anselmo colocó el violín en un ángulo del mostrador, llamó á Gaspar para cerrar la tienda y subió á dormir el dulce sueño de que gozan los justos.

La siguiente mañana, á eso de las diez, mientras el bueno del salchichero iba sirviendo con destreza los pedidos de las comadres de la vecindad, vió entrar en la tienda á un caballero elegantemente vestido, y de grave talante.

—¿Qué se ofrece al señor?—interrogó presuroso el salchichero, gorra en mano, inclinándose ante un cliente tan distinguido.

—Un tarrito de «foie gras»,—respondió éste con marcado acento italiano.

—Enseguidita, caballero. También tenemos excelente jamón, pastel de liebre como no hay mejor...

Indiferente en tan insiosa enumeración, miraba el caballero en torno á sí con ese aire de desdeñosa indolencia, peculiar de la gente rica.

De improviso, brilló su mirada.

—¡Oh! dijo,—¿con que es usted un salchichero músico?

Y con el índice de su enguantada diestra señalaba el objeto que dejara en prenda el joven piemontés.

—¿Yo músico?—exclamó, soltando la risa, el señor Anselmo, ¡cál! ¡ni por pienso!... Ese cachivache pertenece á un pobre muchacho á quien socorrí anoche.

—¡Muy bien, muy bien! ¿me permitirá usted que examine ese instrumento?

—¡Ya lo creo! ¡con mucho gusto!

Apenas tuvo el caballero elegante en sus manos el violín del piemontés, pareció dominado de vivísima emoción. Examinábalo de uno y otro lado, lo *auscultaba*, por decirlo así, lo aproximaba á su rostro como para olfatearlo ó descubrir en su caja algún signo imperceptible; y sus pupilas se dilataban, á la vez que sus dedos tembloteaban febrilmente.

—¿Consentiría usted en venderme este instrumento?—preguntó, al fin, con voz conmovida.

—¡Vendérselo á usted!—replicó el salchichero estupefacto. Con mucho gusto, si pudiese, caballero; pero no es mío.

—Lo siento, lo siento mucho; se lo hubiera pagado bien.

—¡Cá!

—Sí señor. Es de madera antigua y de subido valor. Como siempre voy al grano, oiga usted lo que le ofrezco: ¡mil pesetas!

—¡Mil pesetas!

El bueno del señor Anselmo estaba hecho una grana, tantas eran su sorpresa y su emoción; pero ello no le impidió concebir rápidamente una combinación ingeniosa.

—Caballero,—articuló, tengo tanto empeño en complacer á usted, que procuraré inducir al propietario de este violín á que se lo venda á usted; pero no debo ocultarle que me costará gran trabajo.

—Comprendo, amigo mío; si usted lo consigue, le daré una buena comisión. Tome usted mi tarjeta; no ha de hacer usted más que llevar el violín al Hotel de los Principes, de tres á el cuatro de la tarde, y le entregaré el dinero en acto.

En el centro de la tarjeta entregada con el regio ademán por el nuevo cliente, leyó el señor Anselmo, cual fórmula mágica:

CONDE CAMELINI

Secretario de Embajada

Gorra en mano, acompañóle el salchichero hasta la puerta de la tienda, saludándole con el mayor respeto.

Transcurre la mañana y buena parte de la tarde sin que el piamontés reaparezca. En el ínterin, el bueno del señor Anselmo hierve de inquietud; se pone nervioso pensando en el enorme beneficio que esperaba realizar y teme que el muchacho del violín no vuelva. Así pues, cuando éste se presenta, por fin, el señor Anselmo carece de su habitual lucidez de espíritu.

—¡Hola! ¿te decidiste ya á venir?—le grita al muchacho, en cuanto le ve llegar.

—Sí, señor; traigo la moneda de cincuenta céntimos y vengo á recoger mi violín.

—¡Tu violín! ¡tu violín! ¿tanto te urge el recobrar este viejo chirrión? ¡una baratija que ni siquiera vale un pastel de liebre!

—¡Oh! ¡señor!...

—¿Te figuras que hablo así para causarte pena? Muy al contrario; tu aire despejado me agrada, y como tengo para mí que eres un infeliz, voy á proponerte un negocio. Mira: te compro tu chirrión y te lo pago espléndidamente. Te doy por él cinco pesetas. ¿Qué tal?... un duro, nuevecito, flamante. ¿Convenidos, verdad?

—¡Oh! no, señor...

—¿Cómo que no?... Miren ese necio, que rehusa el buen dinero del tío Anselmo. ¡Vaya! de añadidura, te dará un salchichón. ¡Y que no sabe á gloria el salchichón de mi casa!

—Gracias, señor.

—¿Gracias, si, ó gracias no?

—Gracias no.

Estupefacto queda el generoso salchichero. No esperaba tamaña resistencia. Propone dos monedas de cinco pesetas, en vez de una. luego tres, luego cuatro y luego cinco. El muchacho sigue rehusando. Insiste el señor Anselmo, y como tiene ancho campo á su disposición (mil pesetas más la comisión prometida por el noble conde Camelini) aumenta sus ofertas: llega hasta veinte duros!

A semejante cifra, el muchacho empieza á vacilar.

—Oiga usted, buen señor, dice; no comprendo por qué me ofrece usted ese dinero, ni puedo yo vender el violín; pero, si tanto se empeña usted, iré á buscar á mi abuelo, y se arreglará usted con él.

—¡Vete á buscar aunque sea el diablo, si

quieres!—¡grita el salchichero fuera de sí y acabemos de una vez!

Echa á correr el muchacho, mientras el señor Anselmo pasea calenturiento sobre las losas de mármol que orlan el suelo de su tienda.

Una hora transcurre, durante la cual mil ideas de codicia y fácil lucro acaban de enloquecer al honrado salchichero. Por último, regresa el muchacho acompañando á un anciano de barba nevada y de plateada cabellera. A la verdad, ese venerable piamontés, que se rasca á menudo, no tiene el menor átomo de semejanza con la elegancia y distinción del conde Camelini, pero no le falta cierta originalidad: una testa de profeta ó de patriarca bíblico; sin duda sirve de modelo para los «Moisés» en los talleres de pintor. Con el acento más bonachón del mundo, expone el anciano que «el violín aquél pertenece á la familia desde tiempo inmemorial, legándolo unos á otros; de generación en generación; es un instrumento como ya no se fabrican hoy; sin embargo, ¡cómo están ahora tan malos los tiempos!... La miseria es muy pesada para un hombre de su edad, y si le ofreciesen un precio razonable...»

En resumen, tras de un largo regateo, el señor Anselmo y el abuelo quedan conformes con doscientas pesetas. El salchichero, hombre metódico, hace que le firme recibo y luego entrega un cartucho con cuarenta duros que el anciano embolsa rápidamente. Acto seguido, planta en la puerta al viejo y al muchacho, deja al fiel Gaspar el cuidado de la tienda, y con el precioso instrumento bajo el brazo, vuela en dirección al Hotel de los Príncipes.

Inútil será explicar detalladamente al lector que en quel establecimiento de primer orden nadie conocía al conde Camelini. A pesar de las más obstinadas pesquisas, el señor Anselmo no ha vuelto á ver á tan distinguido personaje, ni al muchacho ni al anciano de patriarcal talante. El «precioso» violín ha logrado venderlo á un prendero en tres pesetas.

Jamás se consolará el bueno del salchichero de haberse dejado atrapar por aquellos bribones. El recuerdo de semejante lance la tortura á menudo con lacerante dolor; y en tanto que con febril mano mezcla la margarina con manteca, ó ingiere vaca cocida en los pasteles de liebre, su fiel Gaspar le oye suspirar á veces:

—¡Dios mío! ¡y qué haya tantos canallas en este mundo!

JORGE HAURIGOT.

CANTARES

Si quieres que mi cariño
fe recobre y no sea ateo,
dale por cáliz tus labios
y tu corazón por templo.

Dos cosas tener quisiera
para morir descuidado:
una cruz sobre mi lecho
y á ti presa entre mis brazos.

FRANCISCO VILLASPESA MARTÍN.

SARA BERNHARDT



en La Dama de las Camelias.

SARA BERNHARDT



en La Dama de las Camelias.

DOS CUADROS

I

Bronceado ataúd, suntuosos trenes,
alto clero, de amigos un turbión,
funerales tañidos, grave pompa...
¡Qué entierro! ¡Vive Dios!
—¿Quién es el muerto?— ¡Un sabio!
—¿Quién le conoce?...— ¡Yo!...
Así todos responden
con brío, y á una voz.

En la casa morturia, negras gasas;
media puerta cerrada; en el cancel
un bufete ambulante, en que el amigo
la pérdida al saber,
con inscribir su nombre
termina su papell...

¡Qué cuadro!... Es la armonía
del hoy y del ayer!...

II

Tosca caja de pino y de bayeta
que á hombros llevan deprisa y mal humor,
seis amigos que corren tras el muerto,
y lejos un fisgón.
—¿Quién es el muerto?...—Nadie...
¡Algún trabajador!...
Y alejase de súbito
por sana precaución.

El pobre lecho do expiró aquel hombre,
dos mujeres trocaron en altar;
y llorosas, de hinojos, y besándole,
no cesan de rezar.
¡Allí entran los amigos,
todo en silencio está!..

¡Qué cuadro! Es la armonía
del cielo y del hogar!...

JOSÉ SORIANO DE CASTRO.

LOS TRES AMIGOS

Siempre se lee con gusto la antigua fábula oriental á propósito de un tesoro; escuchadla, queridos lectores, si nunca la habéis oído, y si para vosotros ya es vieja, saludadla como á una antigua conocida.

Tres secretarios del Profeta pobres, pero ambiciosos y sedientos de todos los goces de este mundo, viajaban juntos dirigiéndose al Indostán.

Llamábase Zefir, Amar y Mostadi.

Los tres eran jóvenes y vivían unidos por los lazos de la más tierna amistad.

Un suceso que les ocurrió en el camino destruyó la armonía de aquel conjunto, como una nota discordante en tan dulce terceto de simpatías.

Caminando á través de los rosales silvestres y de los almendros en flor, encontraron un tesoro.

Era un cofre lleno de diamantes y rubies.

Cualquiera se figurará que los tres jóvenes se amaron mucho más al verse tan ricos.

Nada de eso sucedió.

Fué preciso organizar la manera de llevarse aquella pesada caja de hierro.

También opinaron que no estaría de más el comer muy bien antes de emprender la partida conduciendo tan inesperado tesoro.

Amar fué comisionado para ir á la ciudad, á fin de comprar provisiones con que cenar aquella noche.

Cuando éste se alejó, Zefir y Mostadi se dijeron:

—Dividir una cantidad entre tres suele ser poco agradable. No en todos los casos resulta el cociente exacto, quedando las más veces algún incómodo residuo. Matemos á Amar cuando regrese y dividiremos el tesoro entre los dos.

Nada camina con tanta velocidad como un mal pensamiento.

Los dos pillos se emboscaron detrás de un espeso arbusto.

Cuando Amar pasó por el camino, demasiado embarazado con el peso de las provisiones para poder defenderse, arrojándose sobre él le hirieron hasta darle muerte, y los asesinos, á la claridad de la luna, se pusieron á comer á dos pasos del cadáver, aprovechando las provisiones que el desventurado Amar había traído.

Pero ¡oh prodigio! ¡oh celeste justicia!

Apenas habían concluído de comer, experimentaron las más terribles convulsiones, retorciéronse de dolor, gritaron, blasfemaron y murieron entre las más espantosas torturas,

Amar, tan perverso como sus asesinos, había envenenado en la ciudad las provisiones, con objeto de ser el único poseedor del tesoro.

El poeta oriental añade á su narración este misantrópico pensamiento:

«El tesoro ha quedado, pues, sin dueño alguno.

»¿A qué mortal corresponde de derecho?

»Tal vez el que nuevamente lo encontrase se convertirá en un ser tan malvado, como cualquiera de los tres amigos.»

FÁBULAS MORALES

Al entrar de visita en una sala
mi amigo don Severo,
se dejó en la antesala,
siguiendo la costumbre, su sombrero;
y en tanto que él hablaba á los señores
de otros tiempos mejores,
los niños de la casa, sin recato
pusieron el sombrero como un plato.
Por esto recordar es conveniente
la máxima siguiente:
*Procure en la visita el hombre urbano
no dejar el sombrero de la mano.*

* *

Olvidó Arturo á Luisa,
hermosa joven que en los veinte frisa,

y ella, ardiendo en despecho,
(¡nunca lo hubiera hecho!)
se unió á un viejo carcoma
que de cada paliza la desloma.
*Por despecho ó por cálculo malvado,
nunca sin vocación tomes estado.*

* *

Mi vecina Asunción en el paseo
encontró á Timoteo,
y al volver la cabeza mi vecina
por mirarle, se dió contra una esquina.
*Andad, niñas, con noble gentileza
y evitad ir volviendo la cabeza.*

CARLOS CANO.



EPIGRAMAS

De un necio la audaz propuesta
Con dificultad se muda,
Y es la razón manifiesta,
Porque la más ruda testa
Siempre es la más testa ruda.

F. DE LA TORRE.

Nuestro enemigo común
Llamas á Juan!... No te digo
Mi opinión sobre ese atún;
Suprimo lo de «enemigo,»
Y le hago favor aún.

MANUEL DEL PALACIO.

Enfermo que á visitar
Llega el médico Estever.
Bien se puede asegurar
Que no vuelve á padecer...
Ni tampoco á respirar.

LIBORIO PORSET.

Mucho más locas las viejas
Son, en Madrid, que las mozas;
Y es natural, porque llevan
Muchos más años de locas.

LEÓN DEL ARROYAL.



MISCELANEA

El cuadro *Las Primeras Joyas*, que ha ex-
puesto en casa Cuspinera de la calle de Fer-
nando, el aventajado artista don Mateo Ba-
lasch, llama poderosamente la atención de los
inteligentes por la novedad del asunto y por
su excelente factura.

Los que ven en Balasch un artista de gran
porvenir,—y estos son los buenos devotos de
la pintura—se felicitan del gran paso que ha
dado el joven pintor, colocándose, con *Las
Primeras Joyas* á la altura de un artista con-
sumado.

* *

— ¡Cuándo establecerán el divorcio absolu-
to! — decía un marido.

—Entonces, — exclama la mujer, — me ca-

saría de nuevo, y tú me echarías de menos.

— No; quien me echaría de menos sería tu
nuevo esposo.

* *

En visita:

Un caballero dice á la señora de la casa:

— ¡Cómo se parecen Juana y Enriqueta!

— Sí, señor; sobre todo Juana.

* *

Un viejo calavera que tiene el pelo comple-
tamente blanco, se presenta á sus amigos con
el pelo negro como el azabache.

Al notar el asombro general, exclama:

— ¡Francamente, señores, no me creía digno
de llevar canas!

FANTASIAS FEMENINAS



La modelo.

♦♦ GRANDES REFORMAS ♦♦

Agradecidos al creciente favor que el público nos dispensa y deseosos de corresponder de algún modo á nuestros constantes lectores, hemos decidido introducir en nuestra publicación

IMPORTANTES REFORMAS

DESDE EL NÚMERO PRÓXIMO. Consistirán estas en dar EL NÚMERO COSIDO Y CORTADO, añadiéndole unas ELEGANTES CUBIERTAS con magnífico fotograbado directo; AUMENTO DE ILUSTRACIONES intercaladas en el texto, con la pulcritud y esmero de que venimos dando muestra hace tiempo y que tanta aceptación obtienen; ARTÍCULOS ILUSTRADOS; CRÓNICA CON MONOS y otra infinidad de mejoras que muy pronto podrán apreciar nuestros lectores.

Apesar del aumento de gastos que dichas reformas han de reportarnos, NO SUFRIRÁ ALTERACIÓN EL PRECIO, que seguirá siendo el de *quince céntimos* en toda España.

LA SAETA se complace en anticipar al público estas modificaciones y mejoras, que, sin reparar en sacrificios, hace en obsequio de sus favorecedores, y que han de colocarla á la altura del gusto moderno y de los adelantos de las artes gráficas. **SALDRÁ TODOS LOS JUEVES**